

Carta de Alemania. Francfort: la gran verbena

José Aníbal Campos

Si uno contempla el cielo de Francfort a cualquier hora de un día despejado, verá la caprichosa y tupida red de estelas de humo que tejen los aviones al entrar o salir de la ciudad con una frecuencia de pocos segundos. Francfort ha sido siempre un lugar de intenso tráfico fluvial, ferroviario y aéreo. Su posición privilegiada a orillas del Meno, un afluente del Rin, le garantiza un acceso rápido a la arteria de transporte fluvial más importante del Oeste europeo. La estación central, testimonio de uno de los muchos ataques de megalomanía arquitectónica que ha padecido Alemania a lo largo de su historia (el del Segundo Reich), sigue siendo, con sus más de veinte andenes principales y su enorme bóveda de acero y cristal, una de las más imponentes de Europa, mientras que el célebre aeropuerto –encarnación postmoderna de la *Metrópolis* de Fritz Lang– constituye tránsito obligado para cualquier viajero habitual.

Pero el tráfico, en Francfort, se entiende en un sentido mucho más amplio: allí tiene su sede el mayor empalme de conexión de la red alemana, que controla más del 85 por ciento del trasiego en Internet. Con sus más de 370 sedes de entidades bancarias, por la ciudad pasan a diario muchas de las transacciones financieras del mundo, circunstancia a la que debe uno de sus sobrenombres: *Bankfurt* (ciudad de bancos), el primero de una larga lista de apodos –*Krankfurt* (ciudad enferma), *Junkfurt* (ciudad de junkies)–, cuyo uso selectivo pone de manifiesto las distintas actitudes que concita una metrópoli que encarna los sueños o las pesadillas de los hombres y mujeres que la habitan o visitan a diario: admiración ante el esplendor económico del centro financiero más importante de Europa, o rechazo por el supuesto estado moral y mental de una urbe en la que, fuera de las oficinas acristaladas, prolifera otro tipo de tráfico: el de drogas, sexo y personas.

Ciudad de extremos, Francfort ofrece abundantes claves simbólicas de las que propician el trasfondo narrativo para cualquier fotografía de

turista. Aquí nació, por ejemplo, Maier Amschel Rothschild, por lo que no es casual que la manía clasificatoria de los alemanes haya escogido a Francfort como enclave «manhattanesco» de la banca mundial («Mainhattan», la Manhattan del Meno, es otros de los nombres que definen a esta urbe con el *skyline* más neoyorquino de Europa).

Pero la ciudad es también la cuna de Goethe, que escribió aquí la primera parte del *Fausto*, de modo que el «tráfico» de libros forma parte obligada de su frenética actividad económica. Si algún emblema ha marcado a Francfort es el de su apoteósica feria del libro, donde los agentes editoriales, cual estadistas del gusto literario, se atrincheran cada año tras búnkeres de paneles sintéticos para negociar tratados de cesión de derechos sobre vastos territorios de palabras. Por allí desfila toda la *jet set* literaria del mundo, y en algunos *stands* cualquiera esperaría que en lugar de un libro le ofrezcan una muestra de cosméticos, otro de los muchos productos para los cuales, en Francfort, también hay una feria.

La ciudad vive durante todo el año en esa efervescencia típica de las ferias anuales. *Messestadt* (ciudad de ferias o ciudad-feria, según se prefiera) es otro apelativo con el que se la identifica. En ese sentido, Francfort parece una gran verbena del mundo globalizado. Reminiscencia de los ritos paganos de renovación y fertilidad, la verbena es la fiesta asociada a las ferias agrícolas de primavera y verano, final de un ciclo de trabajo, privaciones y recogimiento. Como la globalización, la verbena es el esperado momento de expansión extrema. A ella suelen acudir gentes de todos los confines; el labrador y el ganadero exhiben allí los frutos de sus esfuerzos, y todos pujan por acaparar la atención y el asombro del visitante ante el repollo más grande, la vaca de ubre más henchida o la más ponedora de las gallinas. La multitud acude dispuesta a emular por un título: la más acicalada, el bailarín más diestro, la más guapa. Toda feria es una apoteosis de lo cuantitativo. «No hay ninguna fiesta que no incluya al menos un principio de exceso y franquichela», nos dice Roger Caillois en su ensayo *El hombre y lo sagrado*. Las pasiones se desbordan, la voluptuosidad se infla, la sed y la voracidad se disparan. Tal explosión de efervescencia colectiva hace que las ferias no sean, precisamente, el mejor momento para la reflexión o el esclarecimiento. (Si por casualidad un cándido labriego intenta «pelar su cebolla» en público, con la honrada intención de revelar a sus paisanos las variadas capas que cubren la esencia de su lacrimógeno tubérculo madurado bajo tierra, en seguida le tildarán de aguafies-

tas, se le echarán encima y le tirarán del pellejo, siendo él quien termine como una cebolla pelada entre los quioscos vacíos y el mar de residuos que decoran el final del jolgorio.)

Es ahí donde se manifiesta esa otra cara de la verbena: su transitoriedad. «El ambiente de la fiesta es un mundo de excepción», nos dice Caillois; del mismo modo que es «la época de la alegría, es también la de la angustia». (*Angstfurt*, ciudad del miedo o de la angustia, es otro de los apodos de Francfort.) La ciudad del Meno es un buen ejemplo de lo que Zygmunt Bauman denomina nuestras «sociedades líquidas», con una élite que la habita, que está en el lugar, pero no es del lugar, por lo cual su relación de pertenencia con el sitio en que vive es transitoria y defectuosa –por no decir casi nula. Para Bauman, el hogar de esa élite, aunque virtual, está allí donde se negocian sus verdaderos intereses: en el ciberespacio.

Es sabido que en casi todas las grandes urbes alemanas, los edificios o plazas que definen su centro histórico son auténticos sólo en muy contados casos: totalmente destruidos durante la guerra, fueron reconstruidos más tarde, con una mayor o menor fidelidad al original. Pero en Francfort, más que en ninguna otra ciudad alemana, crece esa sensación de estar ante los decorados de un teatro cuando uno recorre su casco histórico. El centro de Francfort –centro imaginado– parece haber cedido sus privilegios en favor de otros puntos de tránsito efímero (la estación ferroviaria, el aeropuerto, el barrio bancario, el recinto ferial), con lo cual su corazón urbano se ha trasladado hacia lo que Marc Augé denomina «no-lugares», espacios de la «sobremodernidad», por lo general desabitados durante la noche y erigidos en virtud de propósitos muy puntuales (tráfico, tránsito, comercio, tiempo libre). Los verdaderos espacios habitados de Francfort, sus barrios residenciales, están formados por distritos periféricos como Praunheim, Niederrad, Bornheim, etc., donde a principios del siglo XX los abanderados de la nueva arquitectura concibieron ejemplares colonias residenciales para los obreros y la clase media; o por ciudades con identidad, historia y jurisdicción propias, como Maguncia, Wiesbaden o Darmstadt, las cuales, gracias a la amplia red de trenes suburbanos, funcionan en la práctica como barrios frankfurteses.

En Francfort comienza a perfilarse una inversión de lo que Mircea Eliade definía como «espacios sagrados». Para Eliade, el espacio sagrado era un lugar de hierofanía, un sitio fijo en el que se revelan las relaciones entre el mundo y el cosmos. En una ciudad como Francfort,

donde se rinde tal adoración a los iconos de la posmodernidad globalizada, el «no-lugar» pasa a ser una suerte de espacio sagrado en gestación. Ya Caillois apuntaba la relación entre la fiesta y el lugar de lo sagrado. «El día de fiesta», dice el pensador francés, «aunque sólo se trate del domingo, es ante todo un día consagrado a lo divino, dedicado al reposo, al regocijo y a la alabanza de Dios». En Francfort, las ferias son un espacio y un tiempo de confluencia de los opuestos: en ellas coinciden el ocio y el negocio, son el lugar para ver y ser visto, donde unos realizan su trabajo habitual, mientras otros, eternos *flâneurs* de mundos transitorios, acuden para matar el tiempo, para fisgonear y enterarse de lo que se «cuece» en otras partes. Desde ese punto de vista, Francfort es como un gran *reality show* en vivo de todos los oficios y todas las vanidades del mundo.

Dicho esto, no resulta difícil imaginar a una familia media frankfurtesa (él, senegalés; ella, de origen polaco-alemán), cuyo paseo favorito, cada domingo, les lleve hasta el recinto ferial para participar de cualquiera de las más de cien ferias que tienen lugar allí cada año, no importa que un día se exhiban coches, ordenadores o muebles, y otros sean joyas, cerámica o artículos deportivos. Al fin y al cabo, nuestra buena familia estaría rindiendo el debido culto a la nueva divinidad de los bienes de consumo, antes de ir a acodarse en una mesa de su taberna habitual, delante de un plato de salchichas y de una buena jarra de cerveza.